

¿ No saliste nunca, niña,
Al umbral de una cabaña ?
¿ No subiste á una montaña
Ese cuadro á contemplar ?
¿ No sentiste tu alma virgen
De luz y aroma inundada ?
¿ No te sentiste tentada
De arrodillarte y orar ?

DON MANUEL ADOLFO GARCÍA

Nació en Lima en 1828 y es empleado en el Ministerio de Guerra. Sentimos no poseer más composiciones de este magnífico bardo que las que consignamos á continuación.

Á SIMÓN BOLÍVAR

¡ Héroe ! ; Semidiós ! ; Gigante !
Coloso del mundo infante
Cuyo glorioso laurel
Eterniza ya el pincel
En láminas de diamante ;

¡ Ídolo de la victoria !
Tú que con fama notoria
Tuviste desde la cuna
Por esclava á la fortuna,
Por cortesana á la gloria ;

Tú de los héroes modelo,
Vengador de nuestro duelo,
Que cual despeñado sol
Contra el tirano español
Te envió en sus iras el cielo ;

Tú que con ardor bizarro
De los nietos de Pizarro
Despedazando el pendón,
Manso hiciste á su león
Tirar de tu triunfo el carro.

Desde la excelsa región
Donde el inmortal varón
Vive en perdurable asiento,
Escucha el débil acento
De la humana inspiración.

Venturosa tu fortuna
Fué como no fué ninguna ;
No el cielo nacer te vió
Que el destino no colgó
De las estrellas tu cuna.

Tu origen fué terrenal
Tu fábrica material ;
Mas tú naciendo á ser hombre
Divinizaste tu nombre...
Te hiciste ser inmortal.

¡ Triunfar ! Tal fué tu destino
Por eso á temple divino
Fué para ti trabajada
Tu nunca vencida espada :
Fué entre palmas tu camino.

Tu vida aurora de mayo ;
Tu muerte del sol desmayo,
El sosiego de tu alma
Del Océano la calma ;
Tu cólera la del rayo.

En los campos tu bandera
Volador meteoro era
Que al contrario daba espanto ;
Tu nombre de guerra canto
Y tu corcel una fiera.

¡ Dios de nuestros patrios lares !
Campos fueron tus altares,
Crudas batallas tus fiestas,
Y tus sonoras orquestas
Las músicas militares.

Los Andes que con decoro
Te dan aplauso sonoro,
Los Andes que el mundo acata,
Cuyas sienes son de plata,
Cuyo corazón es de oro ;

Los Andes, esas montañas
Que con su pie las entrañas
Del globo rasgando van,
Páginas son donde están
Bien escritas tus hazañas.

Páginas donde el poeta
Tu vida escrita interpreta
En el idioma del genio,
Y así cuando aquel proscenio
Recorre su vista inquieta.

Cuando por el panorama
De esos montes se derrama
Que en eterna duración
Columnas de piedras son
Del gran templo de tu fama ;

Lee allí toda tu historia
Donde dejaste memoria
De que tu constancia pudo
Dejar de palma desnudo
Todo el árbol de la gloria.

¡ Tempestad de la montaña !
¡ Rayo vestido de saña
Que en ímpetu vengador
Estallaste con fragor
Contra las huestes de España !

Recuerda el cuadro severo
De esos días en que fiero
Sobre nuestra frente esclava
El despotismo asentaba
Firme su trono de acero.

Débil nuestra juventud,
Siendo el temor su virtud,
Sola se arrastraba entonces
Ante el idolo de bronce
De la torpe esclavitud.

Y atada á cadena impía
La libertad despedía
Tristes quejas y sollozos,
En los hondos calabozos
De la negra tiranía.

Nuevo, esperado Mesías,
Tú en esos funestos días
Te alzas, y á tu aparición
Bate el de la destrucción
Genio sus alas sombrías.

Suena tu grito de guerra
Y cual trueno por la tierra
Rueda en profundo clamor,
Llenando el valle de horror
Y estremeciendo la sierra.

Tiembla un momento el tirano ;
Mas después el soberano
Cetro empuña y centellea
Ya el rayo de la pelea
En su vengadora mano.

Tú vences sus adalides
Y en unas y en otras lides
Siempre fuerte y triunfador
Renovadas tu valor
Ve las hazañas de Alcides.

Vencedor te proclamaron,
Cuantos astros te admiraron,
Cuantas montañas te vieron,
Y campos te conocieron
Y ríos te contemplaron.

Besó humilde el Amazonas
Tus plantas ; las juguetonas
Sirenas del Apurimac,
Las bellas ninfas del Rimac
Dieron á tu sien coronas.

Rey te aclamó el Chimborazo
Que el marcial desembarazo
Tuyo asombrado miró
Y en sus bases retendió
Cuando tú moviste el brazo.

Y esa que en el mar descuella,
Ninfa encantadora y bella,
Esposa del Océano,
De su imperio soberano
Gala, luz, norte y estrella.

América, ese verjel
Del mar florido bajel,
Perla á su seno arrancada,
Sirena desencatada
Te consagró su laurel.

AL SOL

FRAGMENTO

Sal, asomando tu frente
Por entre esos pabellones
De oro y de tisú esplendente
Que decoran los balcones
Y las ventanas de Oriente.

Ya en su palacio de grana
La aurora tu cortesana
Para recibirte ¡ oh sol !
Con su manto de arrebol
Voluptuosa se engalana.

Sal del sueño á despertar
Con tu abrasadora lumbre
Al ministro del altar,
De caridad ejemplar,
Modelo de mansedumbre.

— 137 —

Al mendigo vergonzante,
Fantasma que en el Edén
Del mundo inspira desdén
Al que lleva harto arrogante
Una corona en la sien.

Al joven que sin temor
Para el puerto del amor
En frágil barquilla zarpa,
Y al alegre trovador
Sin más tesoro que su arpa.

Mas ¡ oh sol ! deja del sueño
Respirar siempre el vapor,
Al opulento señor
Que mira con torvo ceño
Del indigente el clamor.

Al que en festin crapuloso,
Impura, lúbrica, orgía,
Pasa la noche sombría
Olvidado del reposo
En congregación impía.

Á la ramera venal,
Reina de la bacanal,
De la humanidad escoria,
Que busca en un lodazal
Un paraíso de gloria.

¡ Á ellos no llegue tu luz !
Las sombras con su capuz
Para siempre los envuelvan
Hasta que á su Dios se vuelvan
Y lloren ante la cruz.

¡ Alma de la creación !
Sal, tu lumbre fecundante
Embriaga mi corazón :
Tú eres venero abundante
De sagrada inspiración.

Cuando levanto los ojos
Á contemplar tu velada
Faz entre celajes rojos,
Tu grandeza me anonada
Y yo te adoro de hinojos.

Y adoro á Dios ese instante
Que tú eres, sol fulgurante,
Su augusta y solemne sombra
Que allá en la cerúlea alfombra
Se dibuja rutilante.

MIS RECUERDOS

Carisimas memorias
Recuerdos siempre frescos de esos días
De fugitivas glorias,
De ricas y brillantes fantasias.

¡ Oh ! si en vosotros se recrea el alma ;
Si con vosotros siente
De la vida correr suave la fuente,
Y al mundo de la calma
Tornáis al triste corazón doliente ;

Que nunca abandonado
Ni un solo instante me dejéis os ruego ;
Que sin vosotros, ciego,
Perdida la esperanza de sosiego,
Andaré por doquier descaminado.

¡ Oh ! ¡ cuánto de placer al alma mía
Trae vuestra presencia !.
Vosotros sois la fuerza que me guía :
Por la intrincada vía
Y áspera me lleváis de la existencia.

Nunca tristes, jamás descoloridos
Soléis al corazón apareceros
Que venís lisonjeros,
De placer ofreciendo á los sentidos,
Riquísimos veneros.

Y á los claros fulgores
De que venís en derredor cercados,
Miro en mi fantasía dibujados
Con brillantes colores
Los cuadros de mis plácidos amores.

Miro á la hermosa mía
En la que todo son bellos primores,
Dando al mundo alegría ;
Y á las flores y al día
Prestando claridad, prestando olores.

La miro tan hermosa
Como es el mundo en nuestra edad primera,
Mucho más que la rosa,
La gracia más donosa
Con que se sabe ornar la primavera.

Miro sus bellos ojos
Que los reflejos del diamante envían,
Sus labios que á la grana desafían,
Copas labradas de corales rojos
Donde los mismos dioses beberían.

Y oro luciente entre luciente plata,
Topacio entre perlas su cabello,
Rico plumaje bello
Do el sol brillante su color retrata
Sobre el marfil de pulido cuello.

Ya la miro entregada
Al afán de domésticas labores
Formando mil primores
Con esa delicada
Mano que al cielo roba sus albores.

Ya imitando el cantar blando y sabroso
Del preso pajarillo
Que aguarda picarillo
Los suaves mimos de su guarda hermoso
Para soltar el canto melodioso ;

Ya lista y presurosa
Cruzar las calles del verjel ameno ;
Torcer el paso á la alameda umbrosa
É imitar vagarosa
El giro del arroyo por su seno.

Ya matizar de flores su cabeza
Y correr á mirarse en la laguna ;
Y al ver allí... copiada su belleza,
Creer, de su ilusión en la pureza,
En su imagen mirar la de la luna.

Ó bien la miro con gentil decoro
Salir para el festin aparejada ;
Y más tarde al sonoro
Latido dulce de las venas de oro
Ejecutar la danza concertada.

Ó á mi lado la veo
Y el alma siento toda estremecida,
Y al beber en sus ojos nueva vida
Ni tengo más deseo
Que mi felicidad está cumplida.

Dulce, consolador desasosiego
Siento al mirarla sola y sin testigo ;
Quédome absorto, y luego,
Con palabras de fuego,
Todas las ansias de mi amor la digo.

Y al resonar su voz enamorada
En mi turbado oído
Arde mi frente, quema la mirada,
Mi corazón redobla su latido
Hierva mi sangre, y corre acelerada.

Y mientras de su talle el embeleso
Tiene mi brazo preso,
Y nuestros corazones aletean
Nuestros labios hidrónicos desean
Beber con ansia el incitante beso.

Y á mis ojos inquietos
El misterioso seno le confía
Sus preciosos secretos ;
La abrazo : á ella el amor le da osadía :
Su mano estrecha con ardor la mía.

Y como dos arroyos que corriendo
Primero divididos
Y después sus caudales reuniendo
Un mismo cauce, tiene confundidos,
Así el amor nos tiene tan unidos.

Un recuerdo feliz de aquel instante
En que á nuestra alma amante
Amor abría de su hermoso cielo
Las puertas de diamante
Oh que á no ser tan rápido su vuelo,

Tan breve su agonía,
Toda la dosis de placer que vierte
Dios en el corazón se agotaría
Dando amor de esta suerte,
El mismo amor el corazón la muerte.

Oh recuerdo escogido
Al brillo de tu lumbre
Se obscurece el brillante colorido
De todos los que en varia muchedumbre
¡ Ay ! me recuerdan el placer perdido.

Y haciendo renacer fresca y lozana
La flor de mi alegría,
Marchita en su mañana
Mueves el corazón y el alma mía
Y exaltas mi ardorosa fantasía.

D. JOSÉ ARNALDO MARQUEZ

Nació en Lima en 1830. Ha publicado dos notables poemas :
La Flor de Abel y *La Humanidad*, y es considerado como
el más sentimental de los poetas de Sud-América. Sigue ac-
tualmente la carrera consular.